

F. M. Dostoyevski

Noches blancas

Traducción del ruso de Juan Luis Abollado



Galaxia Gutenberg

F. M. DOSTOYEVSKI

Noches blancas

Novela sentimental
(De las memorias de un soñador)

Traducción del ruso
de Juan Luis Abollado

Galaxia Gutenberg

**Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros
al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española
de Gremios y Asociaciones de Libreros).**

Título de la edición original: *Belye noch*
Traducción del ruso: Juan Luis Abollado

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2025

© de la traducción: herederos de Juan Luis Abollado, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 4076-2025
ISBN: 978-84-10317-99-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«¿O era esta su misión:
estar, siquiera un instante,
al lado de tu corazón?...»

I. TURGUÉNIEV

Primera noche

Era una noche espléndida, una de esas noches que sólo se nos presentan cuando somos jóvenes, amable lector. El cielo aparecía tan estrellado y tan claro que, al mirarlo, se preguntaba uno instintivamente: ¿Cabe imaginarse que bajo semejante bóveda exista gente irritable y caprichosa? También esta es una pregunta propia de la juventud, caro lector; una pregunta muy juvenil, pero ¡que Dios la envíe a nuestras almas cuanto más a menudo, mejor! Al referirme a las criaturas irritables y caprichosas, no puedo por menos de recordar mi estado de ánimo de aquel día. Desde la propia mañana se apoderó de mí una sorprendente angustia. Se me antojó, de buenas a primeras, que todos me abandonaban en la soledad, que todos se apartaban de mí. Bien es cierto que sería legítimo inquirir: «¿Y quiénes son esos *todos*?». Pregunta hartamente natural, porque en los ocho años que llevo vivien-

do en Petersburgo apenas he hecho una sola amistad. ¿Para qué? Ya sin ello conozco a Petersburgo entero. Así se explica mi idea de que todos me abandonaban cuando todo Petersburgo hizo las maletas y se marchó de veraneo al campo. Me aterrorizaba quedarme solo, y anduve errabundo por la ciudad tres días, embargado de un pesar profundo y sin entender lo que me sucedía. Ya me dirigiera a la avenida Nevski, o al jardín, o a dar un paseo por la orilla del río, no veía una sola de las personas que solía encontrar en un lugar determinado y a una hora fija durante todo el año. Por supuesto, ninguna de ellas me conoce, pero yo a ellas sí. Y las conozco bien: he hecho casi un estudio completo de sus fisonomías, gozo al verlas contentas y sufro si las veo tristes. He llegado casi a intimar con un anciano al que me tropiezo todos los días, a la misma hora, en la Fontanka. Tiene un continente grave y pensativo... Siempre va cuchicheando solo y moviendo la mano izquierda, mientras con la derecha se apoya en un largo y nudoso bastón rematado en un pomo de oro. También él se ha fijado en mí y me profesa alguna simpatía. De fijo que si no me presento a la hora en cuestión en el mismo sitio de la Fontanka le invade la melancolía. De ahí que, a veces, estemos a punto de saludarnos, sobre todo cuando los dos nos ha-

llamos de buen humor. Hace poco, al encontrarnos después de dos días sin vernos, faltó poco para que ambos nos lleváramos la mano al sombrero, pero nos reportamos a tiempo, bajamos las manos y pasamos de largo el uno junto al otro con visible satisfacción. También las casas me son conocidas. Cuando voy por la calle, parece como si cada una de ellas corriese a mi encuentro y, mirándome con todas sus ventanas, me dijese: «Buenos días. ¿Qué tal va esa salud? Yo estoy bien, a Dios gracias, y en mayo van a añadirme un piso». O bien: «¿Qué tal está usted? A mí comienzan a repararme mañana». O, finalmente: «He estado a punto de arder. ¡Qué susto me llevé!», etc., etc. Tengo entre ellas mis favoritas y mis amigas predilectas. Una piensa ponerse este verano en tratamiento a cargo de un arquitecto. Pasaré a visitarla diariamente, no sea que, ¡Dios nos libre!, el tratamiento la aniquile. Nunca olvidaré la historia de un primoroso edificio rosa pálido. Era una casita de mampostería, tan atractiva, que me miraba con tanto afecto y contemplaba con tanto orgullo a sus deformes vecinas, que se me alegraba el corazón al pasar junto a ella. De pronto, yendo por la calle la semana pasada, se me ocurre mirar a mi amiga, y oigo un grito lastimero: «¡Me están pintando de amarillo!». ¡Criminales, bárbaros! Nada habían respe-

tado: ni las columnas, ni las cornisas; y mi amiga había acabado por volverse del color de un canario. Estuvo a pique de saltárseme la bilis, y hasta este momento no he tenido valor para ver de nuevo a mi infeliz y desfigurada amiguita, a la que han puesto como el Celeste Imperio.

Ya sabe usted, lector, hasta qué punto conozco Petersburgo.

He dicho más arriba que me pasé tres días torturado por la inquietud, hasta que logré adivinar el motivo que la producía. Me sentía mal en la calle (no encuentro a este, no veo al otro, ¿dónde se habrá metido el de más allá?), pero también en casa estaba como descentrado. Durante dos tardes enteras traté de adivinar lo que me faltaba en mi rincón y por qué era tan desapacible la vida en él. Escudriñé, perplejo, las verdosas y ahumadas paredes, el techo, engalanado de telarañas, que Matriona cultivaba con éxito singular; revisé todo el mobiliario, hasta la última silla, para indagar si no radicaría allí el mal (porque han de saber ustedes que apenas una silla se encuentra en un sitio distinto de donde estaba el día anterior, pierdo los estribos); me asomé a la ventana, y todo inútilmente: ¡no sentí el menor alivio! Tuve hasta la ocurrencia de llamar a Matriona y, con aire paternal, reprocharle lo de las telarañas y el descuido

en que lo tenía todo; pero ella se limitó a lanzarme una mirada de asombro, y se marchó sin proferir palabra, de suerte que las telarañas siguen gozando de buena salud y colgando del techo. Por último, esta mañana conseguí dar con el motivo: ¡de manera que todo el mundo me deja aquí para largarse de veraneo! Perdonen lo burdo de la expresión, pero no estaba en aquel momento para finuras de lenguaje, porque todo cuanto había en Petersburgo se había marchado o se marcharía al campo; porque todo caballero respetable, de grave apariencia, que alquilaba un coche, se convertía inmediatamente para mí en un venerable padre de familia que, tras cumplir sus deberes cotidianos en la oficina, salía para la casa de campo, reintegrándose al seno del hogar; y porque todos los transeúntes ofrecían ya un aspecto muy particular y parecían decir a cualquiera que se encontraban: «Señores, estamos aquí de paso, pues dentro de dos horas nos marchamos a la *dacha*¹». Si se abría una ventana, en cuyos cristales habían tamborileado previamente unos deditos sutiles, más blancos que el azúcar, y se asomaba la cabecita de una primorosa joven llamando a la florista, me figuraba al instante que nadie compraba flores para go-

1. Casa de campo.

zar de la primavera y de sus frutos en la sofocante atmósfera de una vivienda urbana, sino que todos se trasladarían muy pronto a la casa de campo y querían las flores para llevárselas allí. Es más: había avanzado tanto en mis originales descubrimientos, que podía ya determinar con toda certeza, guiándome tan sólo por el aspecto, en qué lugar de veraneo habitaba cada cual. Los vecinos de las islas Kámenni y Aptekarski y los de la carretera de Peterhof se distinguían por la estudiada finura de sus ademanes, por la elegancia lechuguina de sus trajes veraniegos y por los fastuosos carruajes en que venían a Petersburgo. Los habitantes de Pargólovo y de más allá «imponían» desde el primer momento por su discreción y gravedad; y los de la isla Krestovski descollaban por su jovial e imperturbable aspecto. Si me encontraba con una larga procesión en la que los carreteros, riendas en mano, avanzaban, perezosos, al flanco de las carretas, atestadas de muebles, mesas, sillas, camas turcas y no turcas y otros enseres domésticos, sobre los cuales, como si no bastase con aquel montón, iba a menudo una escuálida cocinera que custodiaba los bienes del amo como quien guarda las niñas de sus ojos, o si veía unas barcas que, cargadas de utensilios domésticos, se deslizaban por el Nevá o por el Fontanka hasta el

arroyo Chorni o hasta las islas, las carretas y las barcas se decuplicaban o se centuplicaban a mis ojos; me parecía que todo se levantaba de su sitio, que se ponía en movimiento y que se trasladaba al campo en caravanas interminables; que Petersburgo entero amenazaba con transformarse en un desierto y, a la postre, acababa por avergonzarme, por enfadarme y entristecerme, pues carecía de sitio adonde ir. Estaba dispuesto a marcharme con cualquier carreta o con el primer caballero de respetuosa apariencia que alquilase un coche, pero ni uno solo, absolutamente ninguno, se dignaba invitarme. O se habían olvidado de mí, o les era a todos ajeno.

Anduve mucho, de suerte que, siguiendo mi costumbre, había olvidado dónde estaba, cuando, de repente, noté que había llegado a una de las puertas de la ciudad. Lleno de súbita alegría, atravesé la barrera y eché a andar entre prados y tierras de labranza. Lejos de sentirme fatigado, pareció quitárseme un peso de encima. Los viandantes me miraban con tal simpatía, que les faltaba poco para hacerme una reverencia. Todos se mostraban contentos, y todos fumaban cigarros puros. Yo me puse tan alegre como no había estado nunca. Me creí transportado a Italia: ¡tanta fue la impresión que me causó la naturaleza a mí, un enfermizo ha-

bitante de la ciudad que estaba a punto de asfixiarse entre las paredes de las casas!

Hay en la naturaleza de nuestro Petersburgo un encanto indecible cuando, a la llegada de la primavera, pone de manifiesto todo su vigor, todo el brío que el cielo le ha otorgado, y se abre como un capullo, se engalana y se cubre de flores policromas... Me hace recordar a la muchacha mustia y enfermi-za que unas veces miramos con lástima, otras con piadosa compasión, y otras pasa inadvertida, pero que, de pronto, en un solo instante y como de im-proviso, se torna, inexplicablemente, maravillosa-mente hermosa, y uno, perplejo y embriagado, se pregunta: ¿qué fuerza ha hecho resplandecer con semejante fuego esos ojos tristes y pensativos?, ¿qué ha hecho afluir la sangre a esas mejillas páli-das y demacradas?, ¿qué ha inyectado tal pasión en ese semblante dulce y delicado?, ¿por qué palpi-ta ese pecho tan violentamente?, ¿qué es lo que de manera tan súbita ha infundido energía, vida y hermosura en el rostro de la pobre muchacha, ha-ciéndole sonreír y resucitar con esa risa luminosa y radiante? Uno mira en derredor suyo, busca a alguien, hace conjeturas... Pero ese instante es efi-mero, y acaso al día siguiente vuelve uno a encon-trar los mismos ojos pensativos y lánguidos de an-tes, la misma cara pálida, iguales movimientos

dóciles y cohibidos, e incluso un deje de arrepentimiento, un rastro de nostalgia y de pesar por aquella momentánea distracción... A uno le da pena que se haya marchitado tan pronto y tan sin remisión aquella belleza pasajera, que su brillo haya sido tan equívoco y vano, y que ni siquiera haya dado tiempo a adorarla...

Y, sin embargo, mi noche fue más hermosa que el día. He aquí lo que sucedió.

Regresé a la ciudad bastante tarde, y habían dado ya las diez cuando me aproximé a mi casa. Mi camino seguía la orilla de un canal, y a tales horas no se veía un alma por la calle. Ciertamente, vivo en uno de los barrios más apartados. Iba cantando, porque siempre que me siento a gusto me pongo a tararear algo como cualquier hombre feliz que no tiene ni amigos ni conocidos con quienes compartir sus alegrías en los momentos de gozo. Y he aquí que, de pronto, me vi metido en la más inesperada de las aventuras.

A un lado, apoyada en el pretil del canal, había una mujer que, por lo visto, contemplaba embebida las turbias aguas. Se tocaba con un lindo sombrero amarillo y llevaba una coquetona capa negra. «Es una muchacha y, con toda seguridad, morena», me dije. No pareció oír mis pasos, y ni siquiera se movió cuando pasé de largo, conteniendo

do la respiración y con el corazón palpitante. «¡Qué raro! –pensé–. Muy ensimismada debe de estar.» Pero de pronto me detuve, y quedé como clavado en tierra: habían llegado a mis oídos unos sollozos sordos. En efecto, no me había equivocado: la muchacha estaba llorando, pues al cabo de unos instantes oí nuevos sollozos. ¡Dios de los cielos! El corazón se me contrajo. Por tímido que sea yo con las mujeres, aquel era un momento... Me volví, me acerqué, y me hubiera dirigido a ella con el consabido: «¡Señora!», si no hubiera sabido que esta exclamación se ha pronunciado ya mil veces en todas las novelas rusas de la alta sociedad. Fue lo único que me contuvo. Pero el caso es que, mientras yo buscaba la palabra apropiada, la joven salió de su ensimismamiento, miró a su alrededor, se reportó, bajó la cabeza y se escabulló, echando a andar calle adelante. La seguí presuroso, pero ella, al notar lo, se apartó del malecón, cruzó la calle y siguió por la acera. No me atreví ya a hacer lo mismo. El corazón me latía como el de un pajarillo cautivo. Mas, inesperadamente, la casualidad vino a ayudarme.

En la acera, y a poca distancia de mi desconocida, apareció de pronto un caballero de frac. Aunque su edad era respetable, sus andares no merecían igual calificativo. Iba haciendo eses y apoyándose

en la pared con precaución. Por su parte, la muchacha avanzaba presurosa y recatada, como es propio de una chica que no quiere que nadie se ofrezca a acompañarla de noche; y, naturalmente, el tambaleante caballero no la hubiera alcanzado jamás de no haber recurrido, por suerte para mí, a un procedimiento extremo: sin encomendarse a Dios ni al diablo, nuestro buen señor emprendió carrera y, a todo correr, salió en persecución de la desconocida. Ella volaba como el viento, pero el vacilante individuo, acercándose más y más, acabó por darle alcance. La joven lanzó un grito y... doy gracias al Destino por el magnífico y nudoso bastón que blandía mi mano derecha: en menos que se dice pasé a la otra acera; en un santiamén, el importuno caballero hizo su composición de lugar y, atento a la razón inapelable de mi diestra, retrocedió sin decir palabra y, sólo cuando ya nos habíamos alejado mucho, protestó contra mí en los términos más enérgicos. Pero sus palabras apenas llegaban ya a nuestros oídos.

—Cójase a mi brazo —dije a la desconocida—. Así se cuidará muy bien de volver a importunarla.

Ella, en silencio, colocó en mi brazo su mano, temblorosa todavía por efecto de la agitación y del susto. ¡Oh, señor impertinente, cómo te bendecía yo en aquel instante! La miré de soslayo. Era una

morena encantadora: no me había equivocado. En sus negras pestañas brillaban todavía unas lágrimas, no sé si a causa del reciente susto o de su anterior amargura, pero en sus labios se dibujaba ya una sonrisa. También ella me miró a hurtadillas, se ruborizó levemente y bajó los ojos.

—¿Por qué huyó usted de mí? —le dije—. De haber ido conmigo, no le hubiera ocurrido nada...

—Pero es que yo no le conocía... Pensaba que también usted...

—¿Acaso me conoce ahora?

—Un poquito. Si no, dígame: ¿por qué tiembla?

—¡Oh, veo que lo ha adivinado a la primera! —respondí, entusiasmado al comprobar que la joven era inteligente, cosa que nunca estorba a la belleza—. Verdaderamente, adivinó usted enseguida con quién trataba. En efecto, soy tímido con las mujeres, y no discuto que estoy ahora tan agitado como estaba usted hace unos minutos, cuando aquel individuo la asustó... Me siento como asustado. Me parece un sueño, pues nunca imaginé que llegaría a hablar con una mujer...

—¡Cómo! ¿Será posible?

—Y tanto. Si me tiembla el brazo es porque jamás sostuvo una manecita tan pequeña y tan primorosa como la suya. Estoy totalmente alejado de las mujeres; es decir, nunca frecuenté su compañía.

Vivo solo, aislado... Ni siquiera sabría mantener una conversación con ellas... Ahora mismo no estoy seguro de no haber cometido ya alguna indiscreción. Dígamelo sin vacilar. Le aseguro que no soy susceptible...

—No, no, al contrario. Y ya que me pide usted franqueza, le aseguro que a las mujeres les agrada tal timidez. Le diré más: a mí también me gusta, y no me apartaré de usted hasta mi propia casa.

—Usted va a conseguir que enseguida se disipe mi timidez —exclamé temblando de júbilo—. Y entonces, ¡adiós recursos míos!

—¿Recursos? ¿A qué recursos se refiere? Eso ya no me parece bien.

—Perdón. No lo diré más. Se me ha escapado... Pero ¿cómo quiere usted que en un momento como éste no haya sentido el deseo de...?

—¿De agradar?

—Naturalmente. Por el amor de Dios, sea comprensiva conmigo... Fíjese bien: a los veintiséis años, todavía no he tenido tratos con nadie. ¿Cómo voy a ser diestro, elocuente y oportuno en mi conversación? Pero usted lo entenderá mejor si todo está al descubierto, a la luz del día... No sé callar cuando mi corazón habla... No temo declararlo: créame que jamás he conocido a ninguna mujer. ¡Jamás, jamás! Ni la menor relación. Y sueño a

diario con encontrar alguna. ¡Si supiera cuántas veces estuve enamorado de ese modo!

—¿De qué modo? ¿Y de quién?

—De nadie, de la mujer ideal, de la que veo en sueños. Soñando, escribo novelas enteras. ¡Oh, usted no me conoce! Por supuesto, ¡cómo no!, me he tropezado en mi vida con dos o tres mujeres, pero ¿qué mujeres eran? Patronas que... En fin, voy a hacerla reír contándole que, en más de una ocasión, he pensado en abordar en la calle a alguna señorita que fuese sola; en hablarle con timidez, con respeto, con pasión; en confesarle que me mata la soledad; en pedirle que no me arroje de su lado, pues no tendría otra ocasión para conocer a una mujer, y en persuadirla de que toda mujer está obligada a no desoír la humilde súplica de un desdichado como yo, puesto que, en resumidas cuentas, todo cuanto pido se reduce a que me diga dos palabras de amistad y de simpatía, a que no me arroje de su lado al primer momento, a que tenga fe en mi palabra, a que me oiga, a que se burle de mí si quiere, a que estimule mis esperanzas, a que me diga dos palabras, ¡sólo dos!, aunque nunca volvamos a encontrarnos... Pero ¡veo que se ríe...! Aunque, por cierto, para eso lo digo...

—No se enfade. Me río porque es usted enemigo de sí mismo, y si se decidiese a hacer la prueba aca-

so saliera con bien de ella, aunque fuese en plena calle. Cuanto más sencillo, mejor... Ninguna mujer buena, que no fuese tonta o que no estuviese muy malhumorada en el preciso momento, osaría rechazarle sin concederle las dos palabras tan humildemente pedidas por usted... Pero ¡no, qué digo! Sin duda, le tomaría por loco. Yo hablaba juzgando por mí: conozco muy bien cómo se conduce la gente en este mundo.

—¡Gracias, gracias! —exclamé—. No se imagina el favor que me ha hecho.

—Bueno, bueno; pero dígame cómo supo que yo era una mujer con la que... a la que usted consideraba digna de... de su atención y de su amistad... o sea, que no era una patrona, para emplear su expresión. ¿Por qué se decidió a acercarse a mí?

—¿Cómo que por qué? Iba usted sola, aquel individuo era osado en demasía, y ahora es de noche. Convendrá conmigo en que mi deber...

—No, no; yo digo antes, al otro lado de la calle. Entonces trató de acercarse...

—¿Allí, al otro lado? La verdad, no sé qué decirle. Temo... Verá usted: hoy venía contento, satisfecho, cantando; había estado en el campo; nunca había vivido momentos tan felices. Y usted... Al menos, a mí me lo pareció... Perdome que se lo recuerde: tuve la impresión de que estaba usted llo-

rando, y yo... yo no podía ver aquello. Se me encogía el corazón... ¿Es que, Dios mío, no podía yo sentir lástima de usted? ¿Era un pecado compadecerla como un hermano?... Perdone que haya dicho «compadecerla»... Sí, eso es... ¿Podía ofenderla mi impulso instintivo de acercarme a usted?

–Bueno, basta, no siga... –replicó ella, bajando la vista y apretándome el brazo–. La culpa es mía, por haber sacado esta conversación. Sin embargo, me alegro de no haberme equivocado respecto a usted... Pero ya hemos llegado. Mi casa está a dos pasos de aquí, entrando por ese callejón. Adiós, y gracias.

–Pero ¿será posible que no volvamos a vernos nunca más? ¿En esto va a quedar todo?

–Ya ve lo que son las cosas –sonrió ella–: antes sólo pedía usted dos palabras, y ahora... Pero, en fin, no tiene importancia... Acaso nos encontremos...

–Mañana me tendrá en este mismo lugar. ¡Oh, perdone usted! Ya estoy exigiendo...

–Cierto: es usted impaciente... Poco le falta para exigir...

–Óigame –la interrumpí–, oiga y perdone si otra vez le digo algo que no debiera... Pero el caso es que no puedo dejar de venir mañana aquí. Soy un soñador; gozo tan poco de la existencia real, y son

tan raros para mí los momentos como este, que forzosamente he de repetirlos, evocándolos en mis sueños. Estaré soñando con usted toda la noche, una semana, un año entero. Mañana volveré aquí sin falta, precisamente aquí, a este mismo sitio, y me sentiré feliz recordando nuestro encuentro de hoy. Este lugar es ya evocador para mí. Tengo en Petersburgo dos o tres como él. Una vez, los recuerdos me hicieron llorar, como lloraba usted... Quién sabe si su llanto de hace diez minutos no sería fruto de algún recuerdo... Pero dispense que me haya abstraído de nuevo: puede que, alguna vez, haya sido usted muy dichosa en este mismo sitio...

–Bueno –accedió la joven–. Probablemente, yo también acudiré mañana, a las diez. Estoy viendo que no puedo prohibírselo ya... El caso es que tengo que venir por necesidad. No crea que le he concedido una cita: le prevengo que he de estar aquí por razones particulares mías. No obstante... bueno, se lo diré sin rodeos: no importa que venga usted también, sobre todo porque pudiera haber molestias como la de hoy. Pero dejemos eso a un lado... En resumidas cuentas, desearía verle... para decirle dos palabras. Ahora bien, confío en que no se forme de mí una mala opinión. No crea que doy las citas así como así... La verdad es que yo no le pediría que viniese, a no ser por... ¡En fin, déjeme

que guarde el secreto! Sólo que ha de ser con una condición...

—¿Una condición? ¡Dígala, dígala! Aceptada de antemano. Estoy dispuesto a todo —exclamé entusiasmado—. Respondo de mí. Seré obediente y respetuoso. Usted me conoce...

—Justamente porque le conozco le invito a venir mañana —dijo ella con una sonrisa—. Le conozco muy bien. Pero he aquí mi condición, que usted, con su amabilidad, cumplirá, pues le estoy hablando con toda franqueza: no se enamore de mí... Tenga por seguro que es imposible el amor entre nosotros. Aquí tiene mi mano de amiga... Pero ¡no se enamore, se lo suplico!

—Se lo juro —exclamé, apoderándome de su manecita...

—Vaya, vaya, déjese de juramentos, que le creo capaz de inflamarse como la pólvora. No tome a mal lo que le digo. Si usted supiera... Yo tampoco tengo a nadie en quien confiar y a quien pedir un consejo. Naturalmente, no es la calle el sitio más apropiado para buscar consejeros, pero usted es una excepción. Le conozco ya como si llevásemos veinte años siendo amigos... ¿Verdad que no me traicionará?...

—El tiempo se lo demostrará; sólo que no sé cómo voy a vivir, aunque sean veinticuatro horas.

—Duerma lo mejor que pueda. Buenas noches, y recuerde que ya me he confiado a usted. Pero ha sido tan hermosa su exclamación de hace un momento: ¡acaso hay que dar cuenta de todos sus sentimientos, hasta de la compasión fraterna! ¿Sabe?, ha sido algo tan bien dicho que al punto me he sentido impulsada a depositar en usted mi confianza...

—Pero, por Dios, dígame ¿qué es lo que tiene que confiarme?

—Hasta mañana. De momento es preferible que guarde el secreto. Tanto mejor para usted: aunque sea a distancia, le parecerá cosa de novela. Quizá se lo revele mañana, pero también puede que no. Antes tendré que conversar con usted, nos conoceremos mejor...

—Pues yo le contaré mañana todo lo referente a mí. Pero ¿qué es esto? ¡Parece que se está operando en mí un milagro! ¿Dónde me encuentro, Dios santo? Dígame, por favor: ¿no se arrepiente de no haberme despedido de su lado desde el principio, y de no haberse enojado conmigo, como hubiera hecho otra? En dos minutos me ha hecho feliz para siempre. ¡Sí, feliz! Quién sabe: es posible que me haya usted reconciliado conmigo mismo, que haya resuelto mis dudas... O acaso sea que, en ocasiones, me entran estas rarezas... Mañana se lo contaré todo, se enterará de todo, de todo...

–Está bien, convenido. Comenzará usted.

–De acuerdo.

–Adiós.

–Adiós.

Nos separamos. Anduve errante toda la noche: no me decidía a volver a mi casa. ¡Era tan dichoso... hasta mañana!